12. Las culturas de la Amazonía peruana en los escritos misioneros de José Pío Aza: huarayos y arasairis

David Pérez Blázquez
davidperez@ua.es
Universidad de Alicante
Grupo de investigación MHISTRAD
Recibido: 14/06/2016
Aceptado: 30/09/2016

Resumen

El dominico José Pío Aza pasó más de treinta años en las misiones de la Amazonía peruana. Durante ese tiempo llevó a cabo múltiples trabajos de investigación, pioneros en muchos casos, sobre la geografía, la historia, la etnografía y la lingüística de la región del Madre de Dios y del Urubamba. En este trabajo se repasa su actividad científica y se pone de manifiesto su relevancia traductológica en el contexto misional.

Palabras clave

Pío Aza, misión, traducción, etnografía, lingüística misionera.

Abstract

The Dominican friar José Pío Aza spent more than thirty years in the missions in the Amazon. During that time he carried out several researchs, pioneering in many cases, on the geography, history, ethnography and linguistics of the Madre de Dios and Urubamba regions in Peru. This paper reviews his scientific activity and highlights his translation relevance in the missionary context.

Keywords

Pío Aza, mission, translation, ethnography, missionary linguistics.

12.1. Introducción

En la documentación sobre temas amerindios, a menudo la autoría del científico misionero se difumina y se hace anónima —cuando no se ve anatematizada— por su mera condición de religioso. El caso de fray José Pío Aza escapa por poco de no ser una excepción. Pese a ser mencionado por autoridades de las letras hispánicas como Ramiro de Maeztu (1947, p. 157) o Vargas Llosa (1987, pp. 82-83), así como por historiadores, etnólogos y lingüistas de todas las latitudes, su figura parece no haber permeado todavía entre quienes se ocupan de la comunicación intercultural. Frente a su escasa proyección en este ámbito, en el que los escritos pioazianos pueden ayudar a «acercarnos con mayor respeto y conocimiento a nuestras sociedades amazónicas» (Alonso y García, 2009, p. 24), el presente trabajo repasa y pone en valor la labor científica y humanística de un misionero que dedicó más de tres décadas a mejorar tanto el conocimiento sobre la Amazonía peruana, como las condiciones de vida de sus habitantes nativos, a quienes otorgó entidad, dignidad y voz frente al mundo «desarrollado».

Para mostrar el valor de su contribución al conocimiento científico, al progreso social y al desarrollo humano de la América amazónica, se ha revisado su producción bibliográfica, comentando sus aportaciones y su impacto en posteriores trabajos. En concreto, el presente estudio se ha centrado especialmente en las publicaciones científicas referidas a la etnografía y a la lengua de los pueblos indígenas huarayo y arasairi, que junto con el machiguenga (tratado en el siguiente volumen de esta colección por Miguel Á. Vega Cernuda[1]), constituyen el principal objeto de sus investigaciones.

12.2. Breve nota biográfica (1865-1938)

Nacido en Pola de Lena (Asturias) en 1865, José Pío Aza Martínez de Vega cursó estudios en el Seminario de Astorga (León), realizó el primer curso de la carrera eclesiástica en el Seminario de Oviedo y, al terminar, en 1883, decidió hacerse dominico, movido en parte por la gran admiración que en él despertaba san Vicente Ferrer. Con dieciocho años de edad ingresó en el convento de Padrón (Galicia), donde hizo el noviciado y tomó el hábito dominicano en 1884. Los estudios de Filosofía y Teología los atendió en el convento de Corias y los concluyó en el convento de Las Caldas de Besaya (Santander) en 1890. Ese mismo año se ordenó sacerdote y fue destinado al convento de San Pablo de Valladolid, en el que funcionaba la Academia de Santo Tomás, «en una línea más de Ateneo que de centro específico de estudio» (*Semblanzas,* 1985, p. 187). Durante los quince años siguientes estuvo vinculado a esta academia vallisoletana, de la que fue profesor y presidente.

En 1906 se consagró para siempre a la obra misional. El 20 de octubre de aquel año, a punto de cumplir los cuarenta y uno, embarcó con otros cinco religiosos dominicos en dirección a la Provincia del Rosario de Filipinas. El 24 de noviembre,

1 Véase también al respecto, en el apartado de referencias bibliográficas, el capítulo «José Pío Aza traduce (e interpreta) la cultura amazónica a la globalidad» que Miguel Ángel Vega Cernuda ha publicado en 2016 en la Universidad Santo Tomás, de Bogotá, con motivo de la celebración de los 800 años de la fundación de la Orden de Predicadores.

el vapor llegó al puerto peruano de Callao y, siendo también necesarios predicadores en el Perú, se decidió que desembarcasen. Aza pasó el resto de su vida (32 años) en las selvas peruanas, donde se entregó por completo a las etnias amazónicas del Madre de Dios y Alto Urubamba, fundando misiones y escuelas, realizando exploraciones geográficas y visitando en continuas expediciones a las diversas tribus que poblaban aquellos territorios. Fue nombrado Superior en 1913 y en 1922 rechazó el nombramiento de obispo del Vicariato Apostólico para continuar como misionero de a pie. Murió en 1938, a la edad de 73 años, en Quillabamba (La Convención), sin haber vuelto a su tierra natal más que de visita en una sola ocasión.

12.3. Misiones dominicas en la Amazonía peruana

12.3.1. Los dominicos en la región amazónica del Madre de Dios

Como se ha comentado, Aza desarrolló su actividad investigadora y misional principalmente en la región amazónica del Madre de Dios, en el sureste del Perú, donde concurren sus fronteras con Bolivia y Brasil. Se trata de una extensa región selvática, impenetrable hasta prácticamente el siglo XX, en la que aún viven grupos indígenas aislados.

Aunque mercedarios, franciscanos y jesuitas pasaron antes por la región, fueron los misioneros dominicos quienes con mayor ahínco se dedicaron a la exploración y estudio de este territorio. El 1 de mayo de 1894, el papa León XIII escribía a los obispos de Perú instándoles a promover la evangelización de los nativos de la selva peruana. En 1900 ya se había dividido el Oriente peruano en tres prefecturas apostólicas (luego elevadas a vicariatos apostólicos), dejando una de ellas, la de Santo Domingo del Urubamba y Madre de Dios (actualmente de Puerto Maldonado, con una extensión que excede los 130.000 km^2), confiada a los dominicos, y en 1906 a los dominicos de la Provincia de España.

Los primeros en internarse en la selva, hacia 1902, fueron el padre Ramón Zubieta y sus colaboradores misioneros, iniciando la obra de evangelización, las exploraciones, los estudios etnográficos y las fundaciones.

Su presencia en la región desde inicios del siglo XX supuso, en efecto, una significativa aportación ya no solo a los pueblos indígenas —toda vez que fueron los primeros en implementar servicios de educación y salud—, sino también al conocimiento de sus culturas, sus lenguas, su historia y su forma de vida (Aza 2009, p. 31). En particular, su trabajo consistió en evangelizar y dar impulso a todo lo que pudiera redundar en beneficio de la región, tanto desde el punto de vista intelectual y moral como material; fomentando asociaciones de beneficencia, abriendo consultas médicas y escuelas, pero también ilustrando la historia del Departamento del Madre de Dios y publicando nuevos datos sobre estos territorios en la antigüedad (Aza 2009, p. 75).

12.3.2. La Era del Caucho y la defensa de los indígenas

La situación de las sociedades indígenas de la región está marcada por la época del caucho. No se puede prescindir de este contexto a la hora de comprender el estado en que Aza encuentra a los nativos y comienza su labor. De modo que, más allá de las adversas condiciones naturales y la falta de recursos, los misioneros dominicos hubieron de enfrentarse al drama humano que desde finales del siglo XIX había desencadenado en la Amazonía la fiebre del preciado líquido blanco,[2] un fenómeno que sin duda determinó la actuación de los misioneros en Madre de Dios.

Cuando Aza llegó a la selva peruana en 1906, halló una región carente de vías de comunicación e infraestructuras, con una población nativa dispersa, errante y masacrada impunemente por la industria cauchera, que a la sazón experimentaba una actividad frenética y se cebaba en la mano de obra esclava que le proporcionaban los indígenas. En consecuencia, los intentos de acercamiento eran recibidos por lo general con recelo y hostilidad.[3] Con todo, durante las primeras décadas del siglo XX se consiguió que distintas comunidades nativas de la Amazonía peruana (como los harakbut y los sapiteri) acabaran estableciendo contacto pacífico con la sociedad occidental por medio de misiones dominicas como la de San Luis del Manu, fundada en 1908 por el propio Aza,[4] o expediciones como las de su correligionario José Álvarez por el río Karene.

El padre Aza denunció resueltamente la crítica situación social generada por la explotación cauchera. El 1 de enero de 1912 remitió a su prefecto, monseñor Ramón Zubieta, un detallado informe acerca de las atrocidades que se venían cometiendo, con la intención de presentarlo al Gobierno peruano, que hizo caso omiso de la noticia. El 30 de abril de 1916 escribió al subprefecto del Manu una carta, que se ha convertido en uno de los más elocuentes testimonios misioneros sobre la realidad del caucho y el mercado de seres humanos en Madre de Dios. En ella establecía Aza los principios que guían la acción misionera y su firme posicionamiento frente a una realidad (correrías, tratas y desmanes) en la que solo cabe una actitud tajante:

> «A lo que no nosotros nos hemos opuesto y nos opondremos con toda la energía de nuestro ser, no es a las exploraciones sino a las «correrías», a ese asalto a mano armada, que se ha dado a los infelices salvajes; a lo que nosotros nos oponemos y resistimos, es a ese cúmulo de crímenes espantosos, que se cometen con esos desgraciados hijos de las selvas. En las «correrías» impunemente se roba, se mata, se asesina al indio que no quiere abandonar su choza, se arrancan los hijos de las manos de los padres, y las esposas de los brazos de los esposos con otras mil iniquidades. [...] Nos oponemos los misioneros, no a las exploraciones, o sea al reconocimiento de una zona o región, sino a las «correrías», que son la fuente y el origen del escandaloso

2 Durante la denominada Era del Caucho, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, los pueblos originarios amazónicos fueron sometidos a esclavitud, desplazados de sus territorios y severamente diezmados tanto por el trato inhumano que recibían como por la transmisión de enfermedades. En *El sueño del celta* (2010), Vargas Llosa describe la situación de los abusos cometidos por los caucheros, prácticamente en el mismo momento y lugar en que Aza desempeñaba su labor misional.

3 Aún en la actualidad siguen teniendo lugar enfrentamientos con determinados grupos indígenas aislados.

4 Fundada el 4 de octubre de 1908, Aza consiguió que al mes siguiente ya estuviera funcionando una pequeña escuela en aquella misión. Posteriormente otras dos misiones, la de San Jacinto, en 1910 en Puerto Maldonado, y la de San José, en 1918 en Koribeni.

> comercio de carne humana. Este horrible mercado de seres humanos se presencia aquí en el Madre de Dios» (Aza 2009, p. 35).

Ante el abominable mercado de seres humanos, Aza, en nombre de los dominicos, como «ministros de una religión que tiene por dogma fundamental la dignidad de la persona humana», se pronuncia con contundencia:

> «Nosotros, los misioneros, ministros de una religión que tiene por dogma fundamental la dignidad de la persona humana, ya que no está en nuestra mano el evitarlo, no dejaremos de clamar, protestar y trabajar hasta que desaparezca ese execrable y vergonzoso mercado. Nos oponemos a las correrías, porque son el punto de partida de ese estado de esclavitud a que son condenados millares de seres humanos. [...] Está formándose una raza de esclavos, y nosotros, los misioneros, queremos que esos hombres sean libres y conscientes de su personalidad» (Aza 2009, p. 36).

La observación del historiador Medina Escudero (1992, p. 198) referida a las misiones dominicas del siglo XVI —a saber, «el primer contacto con los indígenas reunió las dos vertientes fundamentales de la evangelización americana: la exposición de la fe y la defensa de la vida de los naturales»—, puede extender su vigencia al siglo XX, toda vez que también entonces, en el encuentro entre el mundo desarrollado de los caucheros y el primitivo de los indígenas, destacó la defensa de los misioneros por los derechos humanos y las culturas de los naturales. Más allá de reivindicar su dignidad, los misioneros dominicos manifestaron el respeto y el compromiso con los pueblos donde vivían también interesándose por su cultura, su historia, su lengua, su forma de subsistencia, etc., e intentando mejorar sus condiciones de vida en términos de educación, sanidad o espiritualidad.

12.4. Investigación científica

La constante contribución dominica al progreso del Oriente peruano puede rastrearse a partir de los trabajos publicados en los medios de difusión de las actividades misionales, especialmente en las revistas y boletines *Misiones Dominicanas del Perú* (1919-1968), *Antisuyo* (1978-1985), *Misioneros Dominicos* (1990-actualidad) y *Estudios Amazónicos* (2004-actualidad), que desde 1919 recogen más de 3.500 artículos y constituyen el mejor reflejo ya no sólo de la capacidad de investigación, sino especialmente del grado de profundidad con que los misioneros han indagado en los siempre complejos e íntimos recovecos de las culturas amazónicas y en la realidad social que las envuelve[5]. En este sentido, cabe recordar que la riqueza informativa de los estudios y análisis sobre los temas americanos, que los misioneros han realizado desde su llegada al continente hace más de cinco siglos, ha superado con mucho el campo de la misionología y ha penetrado con enorme intensidad en otras áreas como la historia, la antropología, la geografía, la botánica,

5 Ofrece estas informaciones con mayor detalle la página web del Centro Cultural José Pío Aza de la Orden dominica: <http://www.selvasperu.org/?modulo=revistas>. Este centro cultural, con sede en Lima, desempeña una importante actividad de concienciación por medio de su destacada labor editorial, sus eventos de difusión de la problemática amazónica y su museo etnográfico.

la musicología o la lingüística, cimentando en muchos casos las modernas disciplinas amerindianistas.

Con todo, el impulso económico que vivió la Amazonía a principios del siglo XX no vino acompañado ni fomentó la investigación rigurosa ni el conocimiento de su historia y geografía, que por entonces era muy limitado y estaba cargado de errores (Aza 2009, p. 29; cf. *ibidem,* p. 40). Por consiguiente, conocer la geografía, la historia, las distintas lenguas y las culturas de los nativos del departamento constituía una prioridad para los misioneros, puesto que de ello dependía en gran medida el éxito de su misión evangelizadora. Según el propio Aza (2009, p. 78), al margen de propagar el evangelio, que es el fin principal de las misiones, «es también un deber imperioso de todo misionero ir corrigiendo datos y noticias que puedan contribuir al progreso de las ciencias y dar una idea más exacta y completa de la región en que vive». Siguiendo estas directrices y con el objeto de fomentar la información y el estudio de la vida, cultura, geografía, etnias, etc., de la zona confinada al Vicariato, en 1919 fundó con el padre Victorino Osende y monseñor Ramón Zubieta la ya mencionada revista *Misiones Dominicanas del Perú,* que se convirtió en el primer y principal instrumento de divulgación científica de los misioneros en este país.

Aza publicó en esta revista, además de en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* (1924) y en *La Opinión Nacional* (1923-1924), múltiples investigaciones de carácter geográfico, histórico, etnográfico y lingüístico sobre la Amazonía madrediosense. Su contribución a estos campos es innegable y, como veremos, ha sido refrendada por instituciones dedicadas a la investigación, como la Sociedad Geográfica de Lima o la Sociedad de Americanistas de París, así como por las autoridades peruanas.

12.4.1. Historia y geografía

Su aportación más destacada en materia geográfica fue dar a conocer al mundo la geografía y la hidrografía de Madre de Dios, explorando ríos que hasta entonces no aparecían en la cartografía oficial. Estos estudios, que fueron fruto de sus largas expediciones y que corrigieron varios errores de publicaciones existentes, le valieron la condecoración con la Medalla de Oro y el nombramiento como socio de la Sociedad Geográfica de Lima, a cuyo amparo publicaría en su *Boletín* y dictaría numerosas conferencias.

El primer mapa del territorio del Vicariato Apostólico de Urubamba y Madre de Dios se elaboró, por encargo de Mons. Ramón Zubieta[6] bajo la dirección de Aza. El gran valor histórico de este trabajo cartográfico, que se concluyó antes

6 En 1903, Ramón Zubieta, pionero en las misiones del Madre de Dios, estableció el verdadero curso del río Paucartambo, «esclareciendo uno de los enigmas geográficos que estaban por resolverse a principios del siglo». En 1915 la Sociedad Geográfica de Lima le otorgó la Medalla de Oro de su corporación, por haber hecho la exploración más importante en los primeros 25 años de la Sociedad. El 28 de octubre de 1964, la misma Sociedad volvió a rendir homenaje al «explorador Zubieta», misionero dominico nombrado primer Prefecto Apostólico y después Obispo del Vicariato Apostólico de Santo Domingo de Urubamba y Madre de Dios, ahora de Puerto Maldonado, y miembro destacado de la Sociedad Geográfica de Lima (Soria, 1998: 826 y 827). Ramón Zubieta, José Álvarez, Pío Aza y Gerardo Fernández fueron algunos de los misioneros dominicos distinguidos y condecorados por esta institución (Soria, 1998: 826). Otros destacados misioneros de la Orden en aquella región fueron Vicente Cenitagoya, a quien se debe el descubrimiento de los petroglifos de Shinkibenia (Aza, 2009: 111) y Wenceslao Fernández, que publicaría en una obra de *Etnología y medicina salvaje* en el *Boletín* de la Sociedad (Aza 2009, p. 79).

de 1920 y se publicó en 1928 como anexo de la reedición de sus «Apuntes para la Historia del Madre de Dios», reside en que fue el primero que se realizó sobre el sureste peruano y el que más exactitud ofrecía sobre las regiones de Madre de Dios y Urubamba. En los mismos «Apuntes para la Historia del Madre de Dios» (1922) realiza un estudio histórico sobre este departamento, en el que comienza denunciando los errores cometidos en las investigaciones geográficas previas, desde los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega hasta los estudios más recientes.

En suma, Aza dejó escritos, aparte del ya mencionado, otros siete trabajos de carácter histórico-geográfico con los siguientes títulos: «Un documento revelador (1916)», «Posiciones geográficas del Madre de Dios (1923)», «Extracto de la Memoria de las misiones de Santo Domingo de Urubamba y Madre de Dios (1923)», «Alturas sobre el nivel del mar en el Madre de Dios y el Urubamba (1924)», «Hidrografía del Departamento de Madre de Dios (1927)», «En aguas del Piedras y del Purús. Siete meses de navegación (1910)», y «La fundación de la Ciudad del Bierzo (1934)».

12.4.2. Etnografía: huarayos[7] y arasairis

De entre las distintas áreas que abarcó, la etnografía fue la que en menor cantidad y profundidad estudió. Sus investigaciones en este campo se presentan a menudo en el marco de los trabajos históricos y lingüísticos, bien al introducirlos y contextualizarlos con información etnográfica sobre la etnia cuya historia o lengua estudia, bien al insertar glosas de carácter etnográfico que acompaña o define las entradas de sus vocabularios. Aunque de menor cantidad y calado que los estudios lingüísticos, poseen indudables rasgos de «autenticidad científica», conferidos ante todo por la metodología de investigación y análisis que proporciona el conocimiento de las distintas comunidades indígenas (cf. Aza 2009, p. 107).

Si bien es cierto que contactó con numerosas etnias amazónicas en misiones y expediciones, sus aportaciones a este campo se centran en las etnias huaraya, arasaeri y machiguenga, con mayor profusión en esta última (que, como hemos comentado, trata M. Á. Vega en el siguiente volumen de esta colección). La población huaraya (ese eja) fue una de las primeras etnias amazónicas que conoció el dominico lenense, en 1909. Como glotónimo, el huarayo o ese eja es una lengua de la familia tacana y tiene dos variantes dialectales: el beniano (o palmarrealino, en Bolivia y Perú) y el tambopatino (o *baawaja*, en Perú), al que corresponden los trabajos de Aza. Por su parte, los arasairi —también denominados arasaeri, harakbut o mashcos entre los misioneros dominicos— son un grupo de la etnia hoy denominada harakmbut. Su lengua es una variante dialectal de la lengua harakbut o harakmbut, perteneciente a la familia lingüística del mismo nombre. En la

7 En la actualidad se aconseja utilizar el endónimo *ese eja* («gente verdadera») para referirse a los miembros de esta etnia, debido a las connotaciones peyorativas que sugiere el término *huarayo* (cf. Chavarría, 2008, pp. 10-13). Visto que Aza en ningún momento utiliza el histórico etnónimo *huarayo* de forma despectiva, no podemos desechar aquí la terminología pioaziana, precisamente por ser la denominación utilizada en su obra y por dedicarle el autor una aclaración etimológica en «La tribu huaraya (1930)» (Aza 2009, p. 130).

actualidad, la variedad arasairi se encuentra en peligro[8], algo de lo que ya alertaba el misionero dominico hace casi un siglo (cf. Aza 2009, p. 460).

Los estudios de carácter etnográfico que dio a la imprenta fueron: «Origen de las tribus salvajes del Amazonas» (1923), «La tribu machiguenga» (1924), «Folklore de los salvajes machiguengas» (1927) y «La tribu huaraya» (1930). En este último artículo, Aza ubica a este grupo étnico en el dédalo de la Amazonía peruana, siguiendo el curso del río Madre de Dios a lo largo de más de 700 km; analiza la etimología del gentilicio «huarayo» o «guarayo», mostrando que se trata en cualquier caso de un exónimo, de probable origen quechua, para pasar a hablar de su procedencia, que, por un lado, desvincula de los guaraníes paraguayos y de los guarayos bolivianos a partir del análisis comparativo de sus respectivas lenguas, y por otro lado, relaciona mediante comparación lingüística con otras tribus del bajo Madre de Dios, como la araona, la pakahuara, la takana y la kabiña. Describe, asimismo, su forma de vida, costumbres, indumentaria, leyendas y tradiciones, ateísmo y creencias, tentativas para su evangelización y algunas cuestiones sobre determinados errores en torno a la lengua de los salvajes.

Como puede observarse, la imbricación de los temas históricos, geográficos, etnográficos y lingüísticos, con los que ofrece una visión relacional e integradora de los mundos indígenas, es una constante en sus escritos. En este sentido, es absolutamente ineludible mencionar el alto valor etnológico de los comentarios que incluye en sus trabajos lexicográficos, que en el caso del *Vocabulario español-huarayo* son cuantiosos.

Por su parte, la información sobre la etnia arasairi, más modesta que en el caso de la huaraya o la machiguenga, la hallamos principalmente en «La tribu arasairi y su idioma» (1933) y en las notas etnológicas con que enriquece los artículos del *Vocabulario español-arasairi* (1935). Además de describir su posición geográfica y comentar su densidad poblacional y las causas de su disminución y aniquilamiento (correrías y luchas con otras tribus salvajes), recoge de Deofante, un joven informante arasairi del río Inambari, una «hermosa leyenda que se conservaba entre los de su tribu» (Aza 2009, p. 461), una cosmogonía que fundía la tradición del diluvio y la de un devastador cataclismo[9].

Con todo, pese a fundirse en ocasiones con las investigaciones lingüísticas, geográficas o históricas, las aportaciones de Aza al campo de la etnografía no son nada desdeñables. El nobel peruano Mario Vargas Llosa, en *El hablador,* dice de este misionero que fue «el primero en estudiar su idioma» y que leyendo sus trabajos encontró abundantes artículos «sumamente valiosos». También habla de la hipótesis de Aza según la cual las tribus de la Amazonía «eran los últimos vestigios de una civilización panamazónica [...] que, desde su choque con los Incas, había venido sufriendo derrota tras derrota y paulatinamente extinguiéndose» (Vargas Llosa 1987, pp. 82-83; cf. Fernández, 1952, p. 375). En efecto, con su «Origen de las tribus salvajes del Amazonas (1923)», Aza fue uno de los primeros autores en

8 Según datos del Ministerio de Educación del Perú, *Documento nacional de lenguas originarias del Perú,* Lima: Ministerio de Educación, 2013, p. 306.

9 Se trata del mito de Mameya o Huanamey, propio de la etnia harákmbut, a la cual pertenece el grupo arasairi. La leyenda habla de un tremendo cataclismo en la Amazonía, un «fenómeno geológico de extraordinaria magnitud» en el que perecieron casi todos los habitantes. Este relato mítico le sirve a Aza para sustentar su hipótesis de que los habitantes de las selvas no provienen de las emigraciones andinas, sino que son autóctonos del Amazonas, restos dispersos de un antiguo imperio amazónico que debió desaparecer de forma violenta y trágica por una catástrofe.

plantear la existencia de un antiguo imperio amazónico. En ese artículo rebate la tesis que la población de la Amazonía fuera fruto de migraciones procedentes de los Andes y defiende su existencia precolombina, basándose en hallazgos arqueológicos (construcciones), históricos (tradiciones y leyendas), etnográficos (características raciales) y filológicos (estructuras y analogías). Sostiene, además, que la región amazónica pudo haber sido la cuna de gran parte de la población sudamericana (2009, pp. 109 y ss.).

Las investigaciones etnográficas del dominico asturiano constituyen, en definitiva, una notable aportación a la antropología amerindia, ciencia *moderna* que los misioneros han cultivado desde su llegada al continente[10]. Su contribución se suma a las de una larga lista de misioneros que, desde hace siglos y pese a observar el mundo ora desde el etnocentrismo propio de su momento, ora desde un acendrado relativismo cultural[11], han venido generando y rescatando con sus humildes anotaciones el conocimiento sobre la América más genuina, conocimiento que hoy permite al menos comprender —si no ya reivindicar su existencia y dignidad— a unas culturas aborígenes, su historia, su lengua, su cosmovisión, sus problemas.

12.4.3. Lingüística

Su vocación a la filología era una consecuencia de su espíritu misionero, pues entendía que el mejor apóstol de una tribu era aquel que mejor conociera su idioma (Aza, 2009, pp. 146 y 150); es decir, que era imposible desempeñar la actividad misionera sin el conocimiento de las lenguas aborígenes. Con la comprensión de la lengua se accedía a la comprensión del mundo indígena, y sólo así, dialógicamente, podía predicarse la doctrina cristiana de forma efectiva.

Como se ha comentado, los escritos etnográficos le sirven para introducir los estudios lingüísticos, a los que otorga toda la atención y protagonismo por entender, con Leibniz, que «nada presta tanta luz a la investigación de los orígenes de los pueblos como el estudio de las lenguas» (Aza, 2009, p. 132). Por esta razón, no extraña que incluso en los trabajos propiamente etnográficos incluya diversas observaciones de carácter lingüístico, a menudo para «desvanecer ciertas equivocaciones que, a fuerza de repetirlas, corren como verdades axiomáticas» (Aza, 2009: 139).

Desde sus primeros años de misionero en las regiones de Madre de Dios y Urubamba, Aza tuvo especial empeño en tomar notas y apuntes sobre cuantas lenguas de gentes o tribus nativas oía: araonas, pakahuaras, takanas, kabiñas, machiguengas, piras, campas, kunibas, shipibas, amahuakas, arasairis, huarayas, huachipairis, iñapairis, manchinaris y kotíneris (Aza, 2009, pp. 133 y 460; cf. 145). Pero muy poco fue lo que quedó para la posteridad, pues investigar de forma itinerante en la selva nada tiene que ver con hacerlo entre los anaqueles de una biblioteca, y las infinitas dificultades que debía sortear el misionero a menudo desembocaban en el extravío de cuanto llevaba consigo.

10 Recuérdense, al respecto, a Andrés de Olmos, Francisco de Bobadilla, José de Acosta, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Diego de Landa, Diego Durán, Toribio de Benavente, Ramón Pané, Jerónimo de Alcalá o Matías Ruiz Blanco (cf. León-Portilla, 2000; Whiteman, 2004; Vega, 2012; Vega, Pulido y Martino, 2014).

11 En el caso de Aza, el relativismo cultural se deja ver a las claras en «Folklore de los salvajes machiguengas (1927)» (2009, pp. 123-124), en tanto que el etnocentrismo puede observarse, por ejemplo, en su artículo «Lenguas de civilizados y salvajes (1930)» (2009, p. 163).

El corpus lingüístico de los trabajos que aparecieron publicados, sobre todo en *Misiones Dominicanas del Perú,* está constituido por ocho artículos, tres vocabularios y una gramática: «La lengua de los salvajes machiguengas» (1921), *Estudio sobre la lengua machiguenga* (1923), «Crítica de la obra del Dr. Farabee: «Indian Tribes of Eastern Perú». Cambridge, Massachussetts, 1922» (1924), «De re filológica. La aglutinación en las lenguas salvajes» (1930), «Lenguas de civilizados y salvajes» (1930), «El género gramatical en las lenguas salvajes» (1930), «El verbo en las lenguas cultas y en las lenguas de los salvajes» (1931), «La tribu huaraya. Su lengua» (1932) y «La tribu arasairi y su idioma» (1933). De entre las diferentes lenguas amerindias que estudió, centró sus esfuerzos en conocer con mayor profundidad las lenguas machiguenga, huaraya y arasairi, al punto de que llegó a publicar sendos vocabularios con sus respectivos estudios introductorios[12]. Los vocabularios que dio a la imprenta fueron: el *Vocabulario español-machiguenga* (1923), con más de tres mil voces (aparece comentado por M. Á. Vega Cernuda en el cuarto volumen de esta colección); el *Vocabulario español-huarayo* (1928), y el *Vocabulario español-arasairi* (1936).

Respecto de las investigaciones sobre los huarayos, Aza aportó datos de la lengua ese eja hablada en el río Tambopata y sus afluentes, distinguiéndola de otras variedades, describiendo la pronunciación, las categorías gramaticales, la morfología y especialmente la propiedad aglutinante de esta lengua y sus «partículas», que representan morfemas y desinencias. Esta información, consignada en «La tribu huaraya. Su lengua» y, como hemos visto en el epígrafe anterior, también en el trabajo etnográfico «La tribu huaraya», donde adelanta algunas notas lingüísticas, se ve aplicada y complementada en su *Vocabulario español-huarayo.*

En relación con la lengua de los arasairi, según Aza (2009, p. 78), esta no había sido estudiada hasta la fecha, de modo que él fue el primero en hacerlo[13]. Inició el estudio de la lengua arasaeri en gran medida gracias a un niño de esta etnia con el que convivió en Maldonado. El *Vocabulario español-arasairi* publicado en 1936 reúne sus dos trabajos más importantes sobre esta lengua. Está compuesto por una presentación del vicario fray Sabas Sarasola, un estudio introductorio, que lleva por título «La tribu arasairi y su idioma» y que ya publicó Aza en 1933 en la revista *Misiones Dominicanas del Perú,* y el vocabulario propiamente dicho, que se publicó en la revista en 1935. De forma análoga al estudio lingüístico del huarayo, en este trabajo lexicográfico —de menor entidad que el anterior— comienza introduciendo información etnográfica y a continuación una descripción lingüística que se ve plasmada y complementada en el cuerpo del vocabulario, con abundantes ejemplos y comentarios etnológicos.

Los vocabularios pioazianos, tanto el huarayo como el machiguenga y el arasairi, son en realidad diccionarios razonados del español a la correspondiente lengua amerindia, que junto al equivalente indígena contienen información enciclopédica en español sobre los referentes culturales de la etnia estudiada. Los artículos contienen una información cultural valiosísima que va más allá de lo meramente lingüístico. Así, según el caso, pueden encontrarse, por ejemplo en el *Vocabulario español-huarayo:*

12 Al parecer, elaboró «unos ocho vocabularios» (*Semblanzas,* 1985, p. 193), de los que tan solo se publicarían los tres mencionados.
13 Lyon (2003, p. 39 y ss.), sin embargo, relaciona este vocabulario con el de tuyuneri de 1905 del explorador finés Nordenskiöld, quien, por cierto, nunca visitó a este grupo amazonio, y afirma que es un dialecto del idioma hate, también denominado harákmbut.

1 Diversas acepciones y ejemplos de uso, p. ej.: «PEGAR: En el sentido de adherir: *Ekuea bajikue;* tú lo has pegado: *miya ekueabajinaje.* En el sentido de golpear: *Kueakue;* pégale: *kueakuejaja;* me ha pegado: *kueajemo*».
2 Glosas lingüísticas: «MUY: *Nei.* Partícula pospuesta. También suelen usar el vocablo *Kiahuishone* (mucho)».
3 Explicaciones culturales para aquellos vocablos cuya equivalencia léxica necesita ser matizada por tratarse de realias propios de la cultura o del biotopo indígena: «DEMONIO: *Ekuikia.* Ser misterioso que vive en el monte, viene por la noche y come gente, tal es la idea que de él tienen. El hecho es que en todas las tribus de salvajes que he conocido en el Madre de Dios y en el Urubamba en todas, digo, he hallado la creencia en un ser dañino y como enemigo de los hombres»; «GUSANO [...] Gusano grande: *Chichapi.* Este gusano que se cría en el tronco de los árboles lo consideran como un bocado exquisito.»; «MALINOWSKI (río): *Nao-ena.* Malinowski es un afluente grande izquierdo del Tambopata, a unos 60 kilómetros debajo de Astillero».
4 Términos derivados: «TABACO: *Shauano.* Hoja de tabaco: *Shauano-iña*. Polvo de tabaco: *Shauano-poi*».
5 Variantes dialectales: «MACHETE: *Mei.* Los guarayos del Heat dicen *Sepeja*».

Aza elaboró los vocabularios pensando en que serían útiles «para ulteriores estudios», pero también para que futuros misioneros pudieran entablar contacto con los nativos, y ya no tanto para adoctrinar en conceptos de la fe cristiana, puesto que prácticamente carecen de terminología religiosa. Vistas las explicaciones con que guarnece los artículos de estos trabajos lexicográficos, no cabe duda de que tanto el vocabulario huarayo como el arasairi están destinados a un público hispanohablante foráneo. En ellos encontramos lo que parece el léxico cotidiano de los indígenas: geografía, flora, fauna, acciones de la vida cotidiana, objetos domésticos, etc. Informaciones necesarias para conocer su biotopo y entender su forma de vida, y no herramientas dialécticas para predicar utilizando los conceptos nucleares del cristianismo.

Con sus investigaciones sobre el ese eja tambopatino, Aza roturó un terreno lingüístico virgen y feraz (*Semblanzas,* 1985, p. 192; cf. Chavarría, 2008, p. 9). Su *Vocabulario español-huarayo* tuvo notable influencia en fray José Álvarez[14]. Aza fue su primer mentor e instructor en el apostolado de los huarayos. El veterano, que insistía en que anotase de todo, le mandó sus distintos vocabularios para que el novato los corrigiese[15]. De hecho, los primeros pinitos de Álvarez en lengua ese eja los hizo utilizando los apuntes que sobre ella estaba recogiendo entonces el padre Aza, quien acabaría donándoselos con el ruego de que los corrigiese y ampliase (Soria, 1998, pp. 239 y 447). Fue el primer y único vocabulario de esta combinación hasta que muchos años después lo ampliara José Álvarez (Soria, 1998, p. 447). Chavarría (2008, p. 15), tal vez la máxima experta en ese eja, también se valió del

14 Sobre fray José Álvarez véase nuestro trabajo en el cuarto volumen de esta colección.
15 En una carta de Álvarez (1998: 159) fechada el 8 de octubre de 1926 y dirigida al P. Pío Aza, aparece el tema común que les envuelve durante toda su vida: el aprendizaje de los idiomas indígenas. Respecto del huarayo referirá Álvarez: «He sabido que continúa Ud. en su laudable empeño de publicar el «Vocabulario Huarayo». Que Dios le dé paciencia, mucha paciencia, le ilumine y le dé las fuerzas necesarias para llevar a feliz término una obra tan penosa y tan ardua; pues en los tres años que llevo estudiando, hablando y predicando en ella me he convencido que la vida entera de un hombre no es mucho para hacer un trabajo completo y perfecto de esta clase.»

vocabulario de Aza para realizar sus investigaciones y elaborar «un léxico de la variedad del río Baawaja». Asimismo, el *Vocabulario español-huarayo* del misionero ha sido utilizado, junto con el de Álvarez, en la elaboración del *Documento nacional de lenguas originarias del Perú,* de 2013, estudio de capital importancia refrendado por el Ministerio de Educación del Perú.

Entre los lingüistas extranjeros, vemos que también ha recogido sus estudios la Harald Hammarström's Bibliography. Por el contrario, no figura entre las fuentes documentales de la Open Language Archives Community (OLAC)[16] y, en consecuencia, tampoco entre las obras de referencia utilizadas por la reputada *Ethnologue* para documentar la lengua de este pueblo[17], probablemente porque el Instituto Lingüístico de Verano (SIL) sólo se ha preocupado de la variedad *ese'ejja* hablada en Bolivia, donde se encontraba su área de influencia.

Con todo, es en el campo de la lingüística donde Aza ha obtenido un reconocimiento más amplio entre la comunidad científica. Uno de sus vocabularios mereció el homenaje de admiración de la Sociedad de Americanistas de París, que le dio «un voto de aplauso y que colocó su obra entre las de consulta en su importante biblioteca de investigación filológica» (*Semblanzas,* 1985, p. 192). La municipalidad de Lima premió sus estudios sobre los machiguengas, otorgándole la Medalla de Oro y el Diploma de Honor, y aun el etnógrafo francés Jehan Albert Vellard (1976, pp. 143-144) comenta:

> «Es necesario resaltar el excelente vocabulario español-guarayo editado en Lima en 1928 por un misionero dominico, el Padre Pío Aza, obra ya agotada, precioso para comparar el dialecto hablado por los guarayos del Madre de Dios con los otros dialectos de la familia tacana».

Por último, cabe ponderar también la dimensión translativa de la obra pioaziana. Al margen de la traducción oral utilizada en los actos cotidianos de comunicación, Aza cultivó la traducción escrita, tanto directa como inversa, entre las lenguas indígenas y su lengua materna. Llevando a la práctica la máxima paulina de acercar la palabra de Dios en el idioma de los adoctrinados, compuso una *Doctrina cristiana en machiguenga y español* (1934), siendo la primera vez que se exponía la doctrina cristiana por escrito en esta lengua indígena. Por otro lado, Aza practicó la traducción directa sin original textualizado (TSOT)[18], por ejemplo, al recoger de boca de Deofante, el informante arasairi del que ya hemos hablado, una tradición oral indígena y ponerla por escrito en español (Aza, 2009, pp. 114 y 461). Esta modalidad de traducción, la TSOT, también la pondría en práctica su hermano de hábito Cenitagoya al colectar y transcribir cantos de los nativos (Aza, 2009: 125 y ss.) o proponer una lectura de los petroglifos recién descubiertos en Pusharo.

16 Según consulta realizada en su página <http://www.language-archives.org/language/ese>.
17 Según consulta realizada en su página <http://www.ethnologue.com/language/ese>.
18 TSOT o traducción sin original textualizado o escrito: reformulación escrita en la lengua de llegada de un texto expresado de forma no escrita. Se trataría de un proceso inverso al que se realiza en la llamada traducción a la vista. Vega (2013, p. 29 y 2014, p. XIII) introdujo este término para referirse a los trabajos que, trasladando sobre todo la oralidad a la escritura, recogen las mentalidades, los ambientes físicos y las discursividades (entendidas como construcciones sociales e interpretativas del mundo) de los pueblos indígenas. Este concepto permite considerar la importante actividad traductora desarrollada, por ejemplo, a través de las crónicas de Indias o de los confesionarios misioneros, toda vez que llevan textos culturales indígenas, como creencias, costumbres, ritos, etc., a la cultura escrita occidental. De este modo, el concepto aportado por Vega recupera para la traductografía universal multitud de ejemplos de traducción que, por carecer tradicionalmente de tal consideración, no han permitido elaborar hasta ahora una historia de la traducción que refleje la abundante y variada actividad versora de la América colonial.

De este modo, con sus trabajos lingüísticos, lexicográficos y traductológicos, Aza entró a formar parte del nutrido gremio de misioneros lingüistas que durante siglos han ido poniendo por escrito las lenguas ágrafas amerindias, coadyuvando al conocimiento, estudio y recuperación de las lenguas y culturas amerindias.

12.4.4. Metodología

El método investigador de Aza otorga importancia fundamental al trabajo de campo, a la experiencia directa, la exploración y la observación. Hombre de fe y de ciencia, se muestra escéptico con los saberes anteriores, que a fuerza de repetirse se han dado por ciertos. Rastrea y consulta, sobre todo al tratar cuestiones históricas y geográficas, la bibliografía de que dispone; continuamente la objeta y la corrige (cf. Aza, 2009, pp. 42-43, 130-132, 139 y 155). Pero, además, pierde la ocasión para preguntar directamente a sus informantes aborígenes, por ejemplo, sobre las leyendas de Paititi o de Huanamey (cf. Aza, 2009, pp. 114, 181 y 461). Porque sobre todo así, en el momento y sobre el terreno, lacónico pero con todo detalle, iba anotando en su diario de expedición cuanto observaba, y conformando unos conocimientos que luego vertería en forma de artículo. Aza, que convive largos años con los indígenas de la selva (he ahí la clave), es consciente del tiempo necesario para realizar un estudio con rigor y en profundidad. Por eso crítica a los «excursionistas», a los «falsarios trujamanes» (Aza, 2009, pp. 155 y 40), a los investigadores efímeros, superficiales y, en consecuencia, embusteros. Actitud, por lo demás, de todo punto comprensible en alguien que se ha consagrado a una orden religiosa que tiene por lema la *veritas,* la búsqueda de la verdad.

Las claves de la metodología y la motivación que le llevó a publicar sus obras lingüísticas las revela en la introducción a su principal trabajo, el *Vocabulario machiguenga,* siendo perfectamente extrapolables a sus vocabularios huarayo y arasairi, y aun al conjunto de su obra científica. Respecto de los motivos que le llevaron a publicar sus investigaciones lingüísticas, Aza revela dos (2009, p. 180): primero, para «contribuir en algo a la evangelización», haciendo sentir a los indígenas la dignidad de la persona humana, y para que la labor del misionero tenga éxito, pues este va vinculado al mayor o menor dominio que adquiera del idioma (y de la cultura) de los nativos, y segundo, para «dar a conocer una nueva lengua», lo cual no dejará de ser interesante para la ciencia y, en particular, para la filología y para aquellos que estudian la evolución del lenguaje humano. Motivo, este último, en el que de nuevo parece haber un guiño a otra máxima dominica, a saber: *Contemplari et contemplata aliis tradere,* es decir, contemplar y dar a otros lo contemplado.

En cuanto al método, refiere igualmente en su *Vocabulario machiguenga* (Aza, 2009, p. 181 y s.) lo siguiente:

> «En un par de líneas consigno ahora leyes, que me costaron largos meses y hasta años de investigación y de tanteo y me obligaron a emborronar mucho papel. [...] en estas investigaciones tuve que proceder con gran lentitud, porque [...] no disponía de otro elemento que los mismos salvajes, a quienes era inútil preguntarles por las reglas del lenguaje, y únicamente a fuerza de continuas observaciones y repetidas preguntas, no a uno solo sino a varios

individuos y en distintas ocasiones, era como adquiría seguridad y certeza en mis pesquisas.»

Entre los nativos de que disponía para estos menesteres, es de justicia mencionar que Aza contó con la ayuda del «rapazuelito huarayo Domingo, con el que había de redactar el vocabulario de su idioma», y del «joven arasairi Leofante [¿Deofonte?], para que con él compusiera el vocabulario del idioma mashco según lo hablan los arasairis», ambos donados por los protectores de las misiones Máximo Rodríguez y Ernesto L. Rivero, respectivamente (José Álvarez, *apud* Soria, 1998, p. 123).

Al momento de elaborar sus vocabularios, Aza prescindió de examinar los principios de otras lenguas similares americanas, ateniéndose únicamente a consignar lo que pudo deducir de la observación y estudio directo y personal que hizo de los idiomas en los largos años de su permanencia entre los indígenas (Aza, 2009, p. 182). El método de que se sirvió para elaborar sus estudios gramaticales es el «paradigmático», del que reconocía que, aunque antiguo, no por eso dejaba de ser «el más adecuado para hacer comprensibles las reglas que se van estableciendo».

En definitiva, no era su propósito presentar un estudio comparativo de la lengua en cuestión con otros idiomas: el plan de estas obras es «más sencillo y de más ceñidas proporciones» (Aza, 2009, p. 182). Advertía con humildad que sus publicaciones eran trabajos incompletos, pero que servirían al menos para iniciarse en la lengua de los indígenas y que, a pesar de todas sus imperfecciones, habrían de inspirar al diligente investigador de cuestiones filológicas «más confianza que las que salen de la pluma de *excursionistas,* que por solo haber estado unos *cuantos días* en la *montaña*, se creen con título y autoridad suficiente para hablar *ex cátedra* de todo lo que a la región pertenece» (Aza, 2009, p. 182).

12.5. Conclusiones

En este breve trabajo se ha presentado de forma sucinta quién fue Pío Aza, qué hizo y por qué debe rescatarse su figura también en las reflexiones teóricas sobre comunicación intercultural. Las consideraciones sobre su vida y obra han permitido conocer a un misionero explorador, a un científico con profundas convicciones humanísticas. La intensa actividad que desempeñó estuvo determinada por unas circunstancias complejas, se supeditó en todo momento a su condición misionera y se articuló en torno a la palabra: desde la predicación hasta la elaboración de estudios hidrográficos, pasando por la fundación de misiones, el establecimiento de escuelas y centros sanitarios, la defensa de los derechos de los naturales, la exploración durante largos meses, la publicación de una revista o la investigación sobre la historia, la etnografía y la lengua de las etnias de la región. Todo en aras del desarrollo humano, moral, intelectual y material del indígena.

Dejó tras de sí una estela de estudios científicos de diversa índole —trabajos de campo realizados en circunstancias precarias, las únicas posibles, pero metodológicamente insustituibles—, con los que dio visibilidad y voz más allá del Perú a varias comunidades indígenas de la Amazonía. La convivencia y la observación participante durante largos años le ayudaron a comprender con mayor profundidad

la cosmovisión de los pueblos amazónicos, y sólo así pudo darlos a conocer, mostrarlos fielmente en sus publicaciones, traduciendo su mundo, su pensamiento, su hábitat, su historia, su lengua, para que los entendiera la sociedad occidental.

Pese a haber sido ampliamente superada en la actualidad, su obra investigadora, que es una excelente muestra de la sensibilidad y preocupación misionera por el pasado, el presente y el futuro de las culturas amazónicas, constituye una fuente epistemológica de primer orden para las modernas ciencias amerindianistas, por ser pionera en varios campos, por enmendar imprecisiones, por su trascendencia y por hacer converger distintas ramas del saber para permitir la correcta interpretación de una cosmovisión.

Por último, es necesario destacar la relevancia de su labor como comunicador de dos mundos opuestos, por transmitir de forma bidireccional los distintos acervos culturales: hacia fuera, dio a conocer los pueblos indígenas al mundo, a la vez que, hacia dentro, puso en conocimiento de los nativos el desarrollo cultural y tecnológico de Occidente; les dio entidad esbozando su retrato etnográfico y poniendo por escrito su lengua, al tiempo que reivindicó y reafirmó su dignidad humana.

12.6. Referencias bibliográficas

ALONSO ORDIERES, Rafael y José María GARCÍA DE TUÑÓN AZA. «Introducción general». En J. P. Aza. *Obras completas. Estudios históricos, etnográficos y lingüísticos sobre el sur de la amazonía peruana.* Lima: Centro Cultural José Pío Aza, 2009, 13-25.

ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, José (O. P.). *Apaktone. Escritos I. 1921-1940*. Lima: Antisuyo, 1998.

AZA MARTÍNEZ DE VEGA, fray José Pío (O. P.). *Obras completas. Estudios históricos, etnográficos y lingüísticos sobre el sur de la amazonía peruana.* Lima: Centro Cultural José Pío Aza, 2009.

CHAVARRÍA MENDOZA, María C. «Introducción». En José Álvarez Fernández (O. P.). *Diccionario Español-Huarayo.* Introducción y notas de María C. Chavarría. Lima: Centro Cultural Pío Aza, 2008, 5-58.

FERNÁNDEZ MORO, fray Wenceslao (O. P.). *Cincuentas años en la selva amazónica*. Madrid, 1952.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. «Jerónimo de Alcalá y los primeros frailes etnógrafos en Mesoamérica, siglo XVI». En J. de Alcalá. *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la Provincia de Mechuacán,* Moisés Franco Mendoza (coordinador de edición y estudios). Zamora, Michoacán, Meneo: El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, 57-77.

LYON, Patricia J. «Dislocación tribal y clasificaciones lingüísticas en la zona del río Madre de Dios». En B. Huertas Castillo y A. García Altamirano (ed.). *Los pueblos indígenas de Madre de Dios. Historia, etnografía y coyuntura.* Lima: IWGIA, 2003.

MAEZTU, Ramiro de. *España y Europa.* Buenos Aires: Austral, 1947.

MEDINA ESCUDERO, Miguel Ángel (O. P.). *Los dominicos en América. Presencia y actuación de los dominicos en la América colonial española de los siglos* XVI-XIX. Madrid: Mapfre, 1992.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE PERÚ. *Documento Nacional de Lenguas Originarias del Perú.* Lima, 2013. En línea: http://www2.minedu.gob.pe/filesogecop/DNL-version%20final%20WEB.pdf.

SORIA HEREDIA, José Manuel (O. P.). *Entre tribus amazónicas: La aventura misionera del P. José Álvarez Fernández, O. P. (1890-1970).* Salamanca: Ed. San Esteban, 1998.

— *Semblanzas de misioneros.* «Padre Pío Aza, apóstol en las selvas del Perú (1865-1938)». Colección AZA. Serie: Familia Dominicana, vol. 2. Caleruega (Burgos): Ed. OPE, 1985, 185-206.

VARGAS LLOSA, Mario. *El hablador.* Barcelona: Seix Barral, 1987.

— *El sueño del celta.* Madrid: Alfaguara, 2010.

VEGA CERNUDA, Miguel Ángel. «José Pio Aza traduce (e interpreta) la cultura amazónica a la globalidad» en Juan Ubaldo López Salamanca O. P.: *Iubilaeum 1216-2016. Orden de Predicadores,* Tomo II: *De conventos, misiones y vidas ejemplares,* 1ª parte: *Figuras dominicas,* 2016, capítulo 9.

— «El escrito(r) misionero como tema de investigación humanística», *In-Traduções*, 6, 2014, pp. I-XIV [Este artículo de Vega Cernuda, a manera de editorial, introduce el número monográfico que, con el mismo título coedita junto a Martha Pulido y Pilar Martino].

— , Martha PULIDO CORREA y Pilar MARTINO ALBA, [eds.]. «El escrito(r) misionero como tema de investigación humanística». *In-Traduções*, v. 6, 2014.

— «Momentos estelares de la traducción en Hispanoamérica», *Mutatis Mutandis*, 6, 1, 2013, pp. 22-42.

— «Entre lingüística, antropología y traducción: la escuela franciscana de evangelización en Méjico». En M. Á. Vega Cernuda (ed.). *Traductores hispanos de la orden franciscana en Hispanoamérica*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2012, 29-49.

Vellard, Jehan Albert. «Los indios guarayos del Madre de Dios y del Beni». *Boletín del Instituto Riva Agüero* (BIRA), 10, 1975-1976, 139-167.

Whiteman, Darrell L. «Part I: Anthropology and Mission: The Incarnational Connection». *International Journal of Frontier Missions*, 21:1 (spring), 2004, 35-44.